

Algunos relatos: "El sueño"

Samuel Linares



Image not found.

Capítulo 1

El sueño.

una vez tuve un sueño. fue durante una época de mi vida en la que me arrastraba por los bajos fondos tratando de subsistir, sin trabajo y sin ambiciones. había renunciado a mi carácter de escritor y me sentía perdido. escribía para una revista. dejé el trabajo y vendí mis cosas. se me agotaba el dinero en los bares y en las mujeres. no era una historia nueva, en mi barrio habían docenas de hombres como yo o incluso peores. más perdidos y con más pasado. yo era joven e inocente. si hubiera tenido diez años más no hubiera solicitado jamás uno de esos trabajos que las farmacéuticas ofrecían a vagabundos como yo. el que siguiera a la furgoneta de los medicamentos fue fruto del hambre y el cansancio. era un hombre fuerte, de eso no había duda. había aguantado varias semanas sin comer, y por eso necesitaba hacerme débil a base de platos del comedor social. seguí al camión durante tres o cuatro calles, hasta que entró en un edificio. estaba más o menos en ruinas. conseguía destacar en un barrio en el que todo eran ruinas. el vehículo se metió por la puerta de atrás pero yo entré por la de delante. dentro de lo que parecía una fábrica abandonada hacía décadas se hallaba un moderno establecimiento médico. las paredes y el suelo eran de un color blanco brillante. había, justo al entrar, una recepción. le pregunté a la hermosa mujer si tenían trabajo.

-¿Viene por lo de la *oferta*? – me preguntó, con una tabla y un bolígrafo en la mano.

-Oh, eh... Sí, vengo por lo de la *oferta*. – mentí yo.

ella anotó algo en la tabla y me la pasó para que la firmara. no la leí.

-Vaya por esa puerta, señor. Les están esperando. – dijo, indicándome la dirección con la mano sin mirarme.

me despedí cordialmente y le di las gracias. por alguna razón me entró el pánico. me paré frente a la puerta y comencé a sudar. sentía un incontrolable deseo de salir corriendo y volver al bar, a tomarme una copa, en la oscuridad, sin hablar con nadie. no hacía falta que nadie me indicara la dirección; conocía el camino de memoria. sacudí la cabeza y achaqué ese nerviosismo a la falta de whisky. me había acostumbrado al alcohol y éste me había convertido en un alcohólico.

abrí la puerta y me encontré con una sala estrecha y, sin embargo, larga. a la derecha estaban apiñados en sillas, pegados a la pared, más de veinte vagabundos andrajosos. las esperanzas se me fueron volando. ya había estado en lugares similares. cogerían a dos o tres de todos nosotros para trabajar un par de días mal pagados, o para probar algún medicamento. de nuevo, sentí ganas de abandonar. iba a marcharme cuando las tripas me sonaron. eran las campanas de mi muerte. me mareé. no podía seguir así. me sentía realmente mal. necesitaba un cigarrillo. necesitaba vivir.

me tragué el mal aliento y respiré hondo. puse otro pie en la sala y entonces mi expresión cambió al reflejarme en el enorme espejo. contemplé mi aspecto desgarrado y raído. daba verdadero asco. todos los vagabundos dábamos más asco todavía vistos desde aquél espejo. aparté la mirada y busqué un sitio en el que sentarme. oportunamente, sólo quedaba uno, el del final, justo al lado de otra puerta. lo ocupé con cierto orgullo.

pasaron unas cuantas horas. era como si la somnolencia flotara en el aire. la mayoría estaban dormidos. yo estuve a punto de cerrar los ojos cuando silenciosamente y sin chirriar una joven con bata blanca y coleta negra abrió la puerta. la siguió otro hombre más mayor, con el pelo blanco y gafas. el galeno llevaba una tabla igual que la recepcionista y, mirándonos a todos, comenzó a escribir. pude distinguir que lo que estaba anotando eran números. me pareció extraño. la mujer me miraba. se acercó y susurró, despacio: "Son de las sillas." yo no le respondí. fue

enseguida con el doctor y yo miré mi silla. ponía un número.

el hombre recorrió toda la sala apuntando nuestra identidad numérica y cuando acabó se dirigió más o menos al centro de la sala. golpeó el suelo con el pie, como si quisiera romperlo, y dio palmas. todos los andrajos comenzaron a despertarse violentamente, asustados por el ruido desconocido que perturbaba en su callejero sueño.

-Los números... – enunció en una voz alta cinco números, incluido el mío.
- ... que se levanten. – me levanté junto con los otros cuatro. – Pasen al fondo. – yo no me moví, y cuando llegaron los demás, no los miré. – Los demás váyanse a casa.

y al decir esto nos obvio y se marchó, dejándonos a solas con la mujer. uno de ellos, el Número 3, no tardó más que unos pocos segundos en dirigir su lasciva mirada hacia ella. la dama fingía no darse cuenta, pero había dejado de sonreír. nos dijo que pasáramos por la puerta que había a mi lado a la sala contigua.

el suelo era negro en aquella sala, al igual que el techo, dando una sensación de vacío y oscuridad. habían cinco sillas en el centro y otra frente a ellas. nos sentamos en las cinco sillas sin numerar y la que supuse que sería la doctora en la que había frente a nosotros. se nos quedó mirando, de uno en uno. no nos miraba a los ojos, sino al cuerpo, como tratando de escrutar nuestra piel para llegar al hueso. parecía que nos estuviera examinando. fue la primera vez que me pregunté para qué sería el trabajo. quise levantar la mano y contarle mis inquietudes a aquella mujer que con soberbia yacía sentada y con la mirada clavada en mis manos, pero no lo creí conveniente. había algo que continuamente me echaba para atrás.

finalmente, se levantó de golpe.

-Parecen hambrientos.

todos nos giramos al ver entrar por una puerta a un hombre gordo con sombrero de chef llevando un carrito de hotel con varios platos. los dejó frente a la mujer. luego abrió el primero.

-Tenemos pato con salsa de trufa adornado con piel de patatas.

la miré. pensaba que se trataba de una broma. miré el primer plato. miré a mis compañeros. me sorprendí al ver que parecían querer morirse por aquél trozo de carne cruda. ¡Era un trozo de carne cruda! el cocinero abrió otro plato.

-Tenemos entrecoz de buey con fresas de segundo plato.

las fresas estaban podridas y sobre la carne que se deducía demasiado exhumada y pasada revoloteaban algunas moscas. casi parecía que a los vagabundos les excitaba. la mujer no paraba de sonreír.

-Y para finalizar. – el cocinero levantó otro plato y yo cerré los ojos. – Ojos de cordero en su jugo. El postre ideal.

aquella vez sí que dijo la verdad. los ojos eran grises. el jugo amarillento. el cocinero se marchó y la mujer hizo una seña con la mano. los vagabundos se abalanzaron sobre los platos igual que hacían en el pabellón social. yo me quedé sentado, dejando sonar mis tripas angustiadas. la mujer me miró.

-¿No quiere comer usted? – preguntó.

-No, es que... No tengo hambre.

-Bueno, en ese caso...

esperé pacientemente a que acabaran de comer. lamenté durante toda mi vida haber visto como el Número 4 cogía uno de los ojos de cordero y absorbía todo el líquido que había dentro. quise vomitar, hice amagos incluso, pero no había nada dentro de mi estómago. cuando hubieron acabado su banquete de atrocidades culinarias y se hubieron sentado, el cocinero apareció de la nada y se llevó el carrito. luego aparecieron otros hombres y barrieron las sobras del suelo. la mujer se sentó.

-¿Saben por qué están aquí?

-Hemos solicitado el trabajo. – respondió rápidamente el Número 3, limpiándose comida de los dientes con el dedo meñique.

-¿Y sabe usted qué trabajo ha solicitado?

-Nunca pregunto, sólo echo la papeleta.

-Bien. – la dama se cruzó de piernas. – Están aquí para hacer un experimento. ¿Recuerdan que firmaron una hoja en la entrada? Era un documento que estipula que, aparte de comprometerse fervientemente a dar los mejores resultados, no nos demandarían por los efectos secundarios que éstos pudieran causar en ustedes. ¿Han comprendido?

asentimos con indiferencia.

-Se trata de un experimento sobre el sueño. Por eso les hemos tenido tanto tiempo ahí fuera. Mis jefes, y yo misma, quieren tener a los mejores, a los más descansados y que menos se redimen a las garras de la somnolencia.

hizo una pequeña pausa.

-Lo único que tienen que hacer es estar despiertos. Para eso – entraron unos hombres vestidos igual que si acabaran de practicar una autopsia con unos vasitos de papel que contenían una pastilla. – les vamos a facilitar esta píldora que nuestro laboratorio acaba de desarrollar.

nos entregaron los vasitos y se fueron. el Número 1 la miró y la tuvo en sus manos. era roja como una fresa.

-¿Qué hace? – preguntó.

-Lo que la píldora provoca son efectos opuestos en el sueño. Van a sentirse cansados y descansados a la vez. Van a tener ganas de correr y gritar y al mismo tiempo van a experimentar tal agotamiento que no podrán levantarse de la cama.

-¿Y qué se supone que debemos hacer?

-Sólo tienen que tomar la pastilla y nosotros iremos apuntando y contrastando sus efectos en cada uno de ustedes. Cuando haya aclarado todas sus dudas, el doctor que han visto antes y yo los acompañaremos a cinco habitaciones contiguas con un espejo por el que les observaremos. ¿Han entendido?

asentimos.

-¿Tienen alguna duda?

negamos con la cabeza.

-Tomen la pastilla.

el doctor entró por la misma puerta que habíamos entrado nosotros y a su vez otros tipos con vasos de agua. nos dieron uno a cada uno. todos tragaron su pastilla. yo la retuve bajo la lengua.

nos acompañaron a otra sala en la que habían cinco puertas. había fuera gente con ordenadores y tomando café. todos nos miraron al entrar y dejaron sus conversaciones para ponerse al frente de alguna pantalla. entré en la habitación número cinco. cerré la puerta tras de mí. las paredes y el suelo estaban pintadas de un intenso color rojo que me hizo entornar los ojos hasta acostumbrarme. había un armario, un escritorio, una cama, y un espejo que ocupaba una pared entera. avancé hacia la cama y la probé, era cómoda. el armario estaba vacío y en el escritorio no había silla. me tumbé en la cama y cerré los ojos.

en mi sueño soñé que tragaba esa pastilla, pero sólo fue un sueño. no era real. las paredes se volvían más rojas. yo me mantenía tranquilo, mirando mi reflejo intentando no sentir nada más. sentía que las moscas que cubrían la carne que habían comido los otros vagabundos golpeaba las paredes, intentando entrar. pero no podían. las paredes eran del color de la sangre, sentía que yo mismo había pintado las paredes con sangre de insecto. ¡Con mi propia sangre! sentía las heridas abiertas. la luz del techo brillaba calentaba mi piel. la sangre me hervía. me convertí en mi reflejo, y me observaba a mí mismo. enloquecía por la pastilla roja. siendo mi reflejo, una extensión de mí mismo, me creía a salvo de mi propia locura. fuera del espejo me levantaba, pero yo seguía en mi sitio. iba a mirar el armario y sacaba ropa, mucha ropa. parecía que no existía un

fondo. aquello me cabreaba y me ponía nervioso porque buscaba algo. ¿Qué buscaba? ¿Qué era eso que mi reflejo buscaba? nunca se acercó a decírmelo. no quiso confiarme ese secreto. cuando hubo cubierto toda la cama de ropa, comenzó a gritar y a dar puñetazos en el armario. arrancó sus puertas y lo tumbó. comenzó a saltar encima de él y rompió la madera. se quedó extrañado cuando sus zapatos rotos tocaron el suelo. los tobillos le sangraban. el armario estaba vacío. volvió a levantarlo y se dio cuenta de que estaba vacío, de que aquello que buscaba no existía. no era otra cosa sino el sueño. algunas lágrimas bajaron por su rostro. miró la cama y vio que estaba vacía. todo había sido producto de su imaginación. se acostó y cerró los ojos, pero no pudo conciliar el sueño; había tomado la pastilla. me miró a través del espejo y me hizo una seña para que me acercara. sabía que no debía hacerlo, estaba loco. podía romper el cristal y arrastrarme a su cuarto de locura. pero lo hice. me susurraba palabras que no tenían nexos alguno entre sí. "Has tomado la pastilla." le dije. "Nada de lo que digas puede ser coherente. Están experimentando contigo. Creo que estás dando resultados. Tal vez comercialicen el medicamento y me paguen un buen dinero." aquello pareció molestarle. me dijo que por qué iban a pagarme. "Pues porque están experimentando conmigo" le contesté. él dijo que estaban experimentando *conmigo*. "No, no. Somos la misma persona. Lo único que nos separa es un espejo. Que tú sufras más que yo no es mi culpa ni mi problema. Merezco el dinero." dijo que el también lo merecía. "Pero yo soy la parte racional, ¿comprendes? Tú no eres más que un amasijo de basura. Eres el sueño. Yo soy el despertar. La mayoría de las veces ni siquiera se te recuerda. Yo ya no te recuerdo." y quise hacer que desapareciera. pero seguía al otro lado del espejo, y estaba enfadado. tenía un aspecto realmente enfadado. comenzó a golpear el cristal. sabía que cuando me enfadaba golpeaba cosas. tomaba aire muy profundamente por la nariz, hinchando las comisuras nasales. era exactamente lo que estaba haciendo mi reflejo. en el primer puñetazo lo único que consiguió fue sangrar. su puño sangraba, pero el que sentía el dolor era yo. hasta ese momento había sentido que tenía cierta ventaja sobre mí mismo. acababa de perderla. siguió golpeando. logró agrietar el cristal. podía ver cómo los huesos de mis nudillos se partían. le daba patadas. me dolían los pies, mis zapatos se rompían, mis tobillos sangraban. arrastró la cama y comenzó a empujarla. golpeaba el espejo con la cama. me observaba golpear el espejo con la cama. no era real, no era *real*, pero realmente temí que estuviera sucediendo. entonces, justo cuando se iba a abalanzar sobre mí, recordé que me había dormido en la misma cama que, loco, golpeaba contra el cristal.

desperté porque había olvidado escupir la pastilla y metérmela en el bolsillo. me estaba atragantando con ella. tosi hasta escupirla y me refleje

en el espejo. estaba rojo e hinchado. parecía que mis ojos sangraban. escuché movimiento tras el cristal y casi al instante tocaban la puerta y entraba la mujer. se acercó a mí y puso las manos en la cintura.

-No ha tomado la pastilla. – dijo en tono severo y con el ceño fruncido. – Tenía que tomar la pastilla. Firmó un documento.

-Yo... – traté de excusarme.

-Le podemos demandar por esto, sabe. Usted, que parecía tan servicial frente a toda escoria. Usted que parecía tan despierto. Ya me extrañaba que pudiera dormir.

recaí entonces en los gritos y en los golpes del silencio. los cuatro vagabundos gritaban. el Número 2, que no había pronunciado una palabra y que se había abstenido de probar el jugo del ojo de cordero seguramente estaría enloqueciendo y golpeando su mesa contra el espejo, viviendo un auténtico infierno. el Número 3 estaría pidiendo auxilio para poder ver a la doctora y, seguramente y en ese estado, intentar violarla. la doctora me observaba firme, como si hubiera hecho algo mal.

-No vamos a pagarle. – dijo simplemente.

-He soñado con la pastilla... – dije en voz baja. aquello pareció interesarle.

-¿La ha estado chupando? – preguntó.

la observé en mi mano. estaba húmeda y arrugada.

-Supongo que sí.

apareció un doctor y salieron. cerraron la puerta y a través de ésta escuché cómo susurraron durante unos minutos. luego entró el doctor con una libreta.

-¿Puede contarnos qué soñó?

estaba verdaderamente preparado para responder. quizá me hubieran pagado por aquello, o me hubieran ofrecido comida de verdad. iba a pronunciar las palabras cuando un camión de medicamentos embistió la escena y abrí los ojos. era por la mañana. desperté y me desperecé mientras escuché cómo rugía mi estómago. estaba frente al edificio. el camión de medicamentos entró por atrás. observé la puerta. había una cola de vagabundos. suspiré y me levanté, pero advertí que algo brillaba en el suelo. era una moneda. sonreí y fui corriendo al bar.